



SIMBIOSIS Y ÓSMOSIS EN LA

EDUCACIÓN

Luis Benavides S. I.

Puede parecer pretencioso, y quizá pedante, el título. Una especie de reclamo. No es ese nuestro deseo. Hemos intentado evitarlo, pero... Es utilidad, es realidad. No hemos encontrado dos vocablos más expresivos. Simbiosis, ósmosis. Dos realidades en la educación.

Simbiosis

Asociación de organismos que se ayudan mutuamente en su desarrollo. Esto es simbiosis en Biología.

Los tocólogos explican también el problema biológico de la gestosis del embarazo con el concepto simbiosis madre-niño. En Paidología también existe una corriente moderna a considerar el primer año de la vida del niño como una simbiosis entre la madre y el hijo. Simbiosis de ayuda mutua: lactancia, abrigo, higiene en la impotencia del hijo. En la madre, satisfacción de instintos maternos, que comenzaron con los juegos de muñecas, reflejos placenteros orgánicos e incluso resolución de tensiones al lactar.

Pero nos referimos aquí principalmente a la simbiosis madre-niño en el sentido de fu-

sión psicológica, de influencia personal inconsciente. La madre en esta fusión va acuñando la personalidad del hijo a golpes de inconsciente: sus hondos hábitos de reacción, sus reflejos, sus actitudes vitales ante los problemas minuciosos del día. El proceso de maduración de la personalidad de su hijo, sus defectos y sus virtudes, lo va ella elaborando inconscientemente.

Vulgarmente se cree que la educación del niño, la formación de su personalidad, se efectúa a partir de los seis o siete años. Ya Alfredo Adler demostró lo contrario. Hasta los cinco años el niño se va formando el «plan de vida» y «la opinión de sí mismo» como consecuencia de sus íntimas vivencias que después le servirán para construir «su estilo de vida», su conducta, su actitud frente a la vida.

El niño sale del seno materno como una larva de hombre. Podríamos decir: es un ser nacido prematuramente. Para alcanzar el grado de madurez con que nacen los mamíferos de grado elevado en la escala zoológica, tendría que permanecer en el seno de su madre, en vez de nueve, por lo menos veinte meses. Pues bien: gracias a esta circunstan-

cia de ser un producto prematuro, el niño posee una *capacidad de modelado por su ambiente materno*, muy superior a la de ningún otro ser vivo. Y es la madre la que realiza este modelado desde el primer día del nacimiento. Sin ella saberlo va forjando lo básico de la personalidad de su hijo.

El fundamento científico

de este principio lo exponen así los neurólogos: el «*acabado*» de su sistema nervioso selleva a cabo en una atmósfera de seguridad. Si no existiese esta seguridad, si el niño no ve satisfechas sus apetencias y necesidades instintivas indispensables a su organismo, pone en juego, como todo animal en peligro, todas sus defensas. Entonces ocurre que el diencéfalo, en lugar de ir cediendo funciones poco a poco al neocortex, a la corteza cerebral, tiene que desplegar una actitud defensiva. Esta actitud defensiva perturba, *detiene* el crecimiento armónico, la articulación entre las diversas capas del cerebro infantil. Esto origina en su *siquismo* inadaptaciones al ambiente. Ese niño en sus futuros contactos con los demás —escuela, amistades, etc.— mostrará siempre alguna falta, conservará siempre una posibilidad de perturbación.

A la luz de estos descubrimientos neurológicos, la Moral, la Pastoral, la Pedagogía Cristiana, sacan consecuencias de gran importancia.

Una madre no se improvisa

Lecturas superficiales de Higiene, de Pedagogía —muchas veces no hay ni esto— pocos meses antes del matrimonio, son insuficientes.

Sus hábitos, sus reflejos, sus actitudes inconscientes son los que han de dirigir, sin que ella lo sepa, la maduración del sistema nervioso del niño en los primeros años de su vida. Y aquí tendremos la causa de su armonía síquica o de sus perturbaciones futuras. La personalidad malsana o valiosa del niño la está forjando en esos años, sin ella saberlo.

Por esto el joven universitario, cuando selecciona en el ambiente la compañera perpetua de su futuro hogar, conforme a sus cuadros esquemáticos ideales de belleza, activi-

dad, simpatía, pureza, no debe quizás olvidar este otro concepto: *que sea una madre capaz de acuñar la personalidad de mis hijos*. Que sea una mujer capaz de realizar una simbiosis creadora y no destructora.

Al leer estas líneas también la joven madre desearía unas orientaciones: «¿Cómo hacerme capaz de transferir una personalidad valiosa?» se diría en su interior.

No es nuestra intención —ni cabría en los estrechos límites de esta nota— dar una visión completa del problema. Pretendemos abrir horizontes, comenzar una ruta, con una indicación inicial. Más adelante haremos parada, para tratar temas concretos.

Hablemos ya de la ósmosis educacional

El niño, dada su constitución caracterológica, no aspira a ideales abstractos: su inteligencia aún inmadura es incapaz de organizar conceptos, de «sistematizar» el modelo a quien acomodarse. Concretiza su ideal en un objeto existente, en una persona. Fija «lo que él quiere ser», en el hombre que tiene delante y con el cual convive. En la primera infancia este hombre es su padre. Más adelante, si este modelo concreto no responde al modelo que él se ha forjado, y al que se siente impelido por impulsos secretos, lo buscará en otra parte: novelas, historia, profesores, hombres célebres. Y no nos referimos ahora a la profesión. En esos primeros años el niño no se vierte todavía hacia fuera. «Quiere ser como papá», porque papá es independiente, impone su criterio, resuelve situaciones, domina la vida. Esos triunfos parciales de una tarea vital, le constituyen digno de imitación. Si el padre, en cambio, pone en peligro la autoridad de la madre, se desploma ante las dificultades, resuelve las tareas en corto-circuito, entonces, aunque el hijo intente deshacerse de ese modelo y lo busque en algún personaje de novela o relato histórico, no podrá liberarse de las imponentas que la conducta de su padre va estampando en su psique.

Posturas educacionales

Muchos padres no caen en la cuenta de que toda su conducta es la que va forjando en la

mente del hijo su modelo. Creen que educar es decir frases moralizadoras y castigar con justicia. Toman «posturas educacionales». Seccionan sus actitudes en dos categorías totalmente distintas: indiferentes y actitudes educacionales. Este es el gran error. Nada que el padre haga ante sus hijos es indiferente para su educación. Cualquier reacción suya ante un mínimo problema, lo recoge el niño, y lo incorpora a su caudal síquico. La educación es una ósmosis. No existen actitudes educacionales. Porque todo lo absorbe el poder de captación intuitiva del niño. Más adelante cuando el chico tiene catorce años y «saca los pies del plato», el padre se enfurece o cae en estupor, porque no sabe que fueron sus *actitudes personales indiferentes* las que sembraron esa pequeña rebelión filial. La educación es una ósmosis. No puede el padre eludir la responsabilidad de la educación, porque toda ella es una influencia vital, y lo más trivial, lo subsciente, va gol-

peando rítmicamente el siquismo del hijo y estampando una personalidad: la propia personalidad del padre. Tal cual es. No lo que él quisiera ser, o lo que desearía fuera su hijo, sino lo que él es: con sus virtudes, sus deficiencias, sus mismos rasgos caracterológicos.

Nos es grato terminar estas líneas haciendo referencia a unas palabras de S. S. Pfo XII (24 septiembre 1941) en las que aparece clara su mentalidad sobre el punto que hemos venido desarrollando: «Estad convencidos, recién casados, de que vuestra conducta es el patrimonio más precioso que podéis dejar a vuestros hijos. Esa visión inolvidable de hechos, de palabras, de actos modelo, se imprimirá para siempre en su memoria y en su corazón como uno de los recuerdos más conmovedores y queridos que les evocará vuestra persona en los momentos de incertidumbre entre el peligro y la victoria».

